

parece sino que el espectáculo del cielo hace en un físico la misma impresion que haria una beldad en un hombre, que por lograr el objeto que ama ciegamente, consentiria en no ver lo restante del mundo. Pero si la física, subiendo á las regiones superiores nos pasma con lo sublime de sus descubrimientos, á lo menos quedando sobre la tierra, nos atrae por la abundancia de luces que nos proporciona, y nos indemniza con usura de las dificultades que nos cuesta. En efecto, ¡qué deleite es comparable al que la naturaleza ha puesto en las tareas de un filósofo, que persuadido á que ella nada hace en vano, llega á descubrir el secreto de sus operaciones, halla en todo el sello de su grandeza, y no imita á esos espíritus puerilmente soberbios, que no se dignan bajar sus miradas para contemplar un insecto! Dos extrangeros que habian venido á consultar á Heráclito, le hallaron sentado al lado de un horno, adonde le habia obligado á refugiarse el rigor de la estación. « Entrad, les dijo; los dioses inmortales « no se desdeñan de honrar estos sitios con su « presencia. » La magestad de la naturaleza ennoblesce del mismo modo los seres mas despreciables á nuestros ojos: esta madre comun obra en todo con una sabiduría profunda, y por caminos seguros que la conducen á sus fines.

Quando por primera vez se tiende la vista sobre el número infinito de sus producciones, se conoce al punto que para estudiarlas con fruto, distinguir sus relaciones, y describirlas exactamente, es preciso darles cierto orden y distribuirlas en clases, tales como las de animales, plantas y minerales. Si despues se examina cada una de estas clases, se halla que los seres que las componen tienen entre si ciertas semejanzas y diferencias mas ó menos sensibles, y es menester dividirlos y subdividirlos en muchas especies, hasta llegar á los individuos.

Esta especie de escalas serian fáciles de formar, si fuese posible conocer el paso de una especie á otra; pero como esta transicion se hace de un modo imperceptible, se arriesga á cada paso confundir lo que debe distinguirse, y distinguir lo que debe confundirse. Este es el defecto de los métodos publicados hasta ahora. En algunas de estas tablas de distribucion se maravilla uno de ver puestas ciertas aves entre los animales acuátiles, ó en otra especie igualmente extraña. Los autores de estas tablas se han engañado en el principio que han adoptado, y han juzgado del todo por una parte; así es que tomando las alas por una diferencia específica, han dividido todos los animales en dos familias principales: la una de los alados, y la otra de

los no alados; sin echar de ver, que entre los individuos de una misma especie, como por ejemplo, en las hormigas, las hay que tienen este órgano, y otras no.

La division de los animales en domésticos y silvestres, aunque adoptada por algunos naturalistas, es tambien defectuosa; porque el hombre y los animales que ha domesticado, no se diferencian específicamente del hombre, del caballo y del perro que viven en las selvas.

Para que sea exacta cualquier division, debe señalar una distincion real entre los objetos que separa: toda diferencia, para ser específica, debe reunir en una misma y sola especie, todos los individuos que le pertenecen; es decir, todos los que son absolutamente semejantes, ó no se diferencian sino en el mas y menos.

Como es dificultosísimo cumplir con todas estas condiciones, Aristóteles ha imaginado un plan, que reúne todas las ventajas sin ninguno de los inconvenientes de los métodos precedentes, segun lo expondrá en uno de sus tratados; el cual será seguramente la obra de un hombre laborioso, que no omita cosa alguna, y de un hombre de ingenio que lo ve todo*.

Entre las observaciones con que enriquecerá

* M. de Buffon ha explicado muy bien este plan en el prólogo del primer tomo de su historia natural.

su historia de los animales, hay algunas que me ha comunicado, y voy á referir para instruiros en el modo como se estudia ahora la naturaleza.

1º. Considerando los animales con relacion al país que habitan, se ha hallado que los silvestres son mas feroces en Asia, mas fuertes en Europa, y mas variados en su figura en Africa; en donde, segun el proverbio, se descubre continuamente algun nuevo monstruo. Los que viven en los montes son mas dañinos que los de las llanuras. Pero yo no sé si esta diferencia viene de los lugares donde habitan, mas bien que de la falta de alimentos; porque en Egipto, donde se provee á la subsistencia de muchas clases de animales, los mas feroces, y los mas mansos viven juntos en paz, y el cocodrilo halaga la mano del sacerdote que le da de comer.

El clima influye sobremanera en sus propiedades. El exceso del frio y del calor los hace agrestes y crueles: los vientos, las aguas, y los alimentos bastan algunas veces para alterarlos. Las naciones del mediodia son timidas y cobardes: las del norte valientes y confiadas; pero las primeras son mas ilustradas, quizá porque son mas antiguas, y quizá tambien porque están mas afeminadas. En efecto, á las almas fuertes rara vez les atormenta el deseo inquieto de instruirse.

La misma causa que produce estas diferencias

morales entre los hombres, influye tambien en su organizacion. Entre otras pruebas, los ojos son por lo comun azules en los paises frios, y negros en los paises cálidos.

2º. Las aves son muy sensibles al rigor de las estaciones. Al acercarse el invierno ó el verano, unas bajan al llano, ó se retiran á los montes, y otras dejan sus moradas, y van lejos de ellas á respirar un aire mas templado. Así es como para evitar el exceso del frio y del calor, el rey de Persia traslada sucesivamente su corte al norte y al mediodia de su imperio.

El tiempo de su partida y de su vuelta es por los equinoccios. Abren la marcha las mas débiles, y casi todas marchan juntas y como por tribus; teniendo á veces que hacer largos viages para llegar á su destino: las grullas vienen de Escitia, y pasan á las lagunas que están mas arriba de Egipto, en donde nace el Nilo; y allí es donde habitan los Pigmeos. ¡Cómo! repliqué yo; ¿pues qué creéis que hay Pigmeos? ¿Están todavía en guerra con las grullas como en tiempo de Homero? — Esta guerra, respondió, es una ficcion del poeta, y no la adoptará el historiador de la naturaleza*; pero es cierto que hay Pigmeos; y son un linage de hombres muy pe-

* Aristóteles no refirió esta fábula, aunque algunos autores le hayan acusado sobre la fe de la traduccion latina.

queños, lo mismo que sus caballos; son negros, y viven en cavernas, al modo de los Trogloditas.

La misma causa, añadió Euclides, que obliga á ciertas aves á expatriarse todos los años, obra en el seno de las aguas. Desde Bizancio se ven, en ciertos y determinados tiempos, muchas especies de peces, ya subir hácia el Ponto Euxino, ya bajar al mar Egeo; los cuales van en cuerpo de nacion como las aves; y su camino, así como nuestra vida, está cubierto de celadas que los esperan al paso.

3º. Se ha procurado averiguar la duracion de la vida de los animales, y se cree que en muchas especies las hembras viven mas que los machos. Pero sin detenernos en esta diferencia, podemos decir que los perros viven ordinariamente catorce ó quince años, y algunas veces veinte; los bueyes lo mismo, poco mas ó menos; los caballos por lo comun diez y ocho ó veinte, y algunas veces treinta y aun cincuenta: los asnos mas de treinta*; los camellos mas de cincuenta**, y algunos ciento: los elefantes llegan, segun unos á doscientos, y segun otros á trescientos años. Antiguamente se decia que el ciervo vivia cuatro veces la vida de la corneja,

* Segun Buffon, los asnos y caballos viven veinte y cinco á treinta años.

** Segun el mismo cuarenta ó cincuenta.

y esta nueve veces tanto como el hombre. Lo que se sabe de cierto en el día, en cuanto al ciervo, es que el tiempo del preñado y la rapidez con que crece, no permiten atribuirle tan larga vida.

Algunas veces pone la naturaleza excepciones á sus leyes generales. Los Atenienses os citarán el ejemplo de un mulo que murió á los ochenta años; al cual cuando se construyó el templo de Minerva, se le puso en libertad, porque era viejísimo; pero él continuó yendo á la cabeza de los demas, animándolos con su ejemplo, y procurando participar de sus fatigas. Un decreto del pueblo prohibió á los mercaderes espantarle, cuando se acercase á los granos ó frutos que traian á vender al mercado.

4º. Se ha notado, como os he dicho ya, que la naturaleza pasa de un género y de una especie á otra por grados imperceptibles, y que desde el hombre hasta los seres mas insensibles, todas sus producciones parece que están unidas con un lazo continuo.

Tomemos los minerales que forman el primer anillo de la cadena; en los cuales no veo mas que una materia pasiva, esteril, sin órganos, y por consiguiente sin necesidades ni funciones. Despues advierto en algunas plantas una especie de movimiento, de sensaciones oscuras, una chispa de vida, y en todas una reproduccion

constante, pero privada de los cuidados maternos que la ayudan. Voy á las orillas del mar, y casi estoy dudando, si sus conchas ó mariscos pertenecen al género animal ó al vegetal. Vuelvo atras, y se multiplican á mis ojos las señales de vida, viendo seres que se mueven, respiran, y tienen apetitos y deberes. Si hay algunos, que como las plantas de que acabo de hablar, fueron abandonados al acaso desde su origen, tambien los hay con cierta educacion mas ó menos atendida. Unos viven en sociedad con el fruto de sus amores, y otros se han extrañado de sus familias. Muchos ofrecen á mi atencion un bosquejo de nuestras costumbres: hallo entre ellos caracteres apacibles; los hallo indomables; veo rasgos de dulzura, de valor, de audacia, de barbarie, de temor, de cobardía, y algunas veces hasta la imagen de la prudencia y de la razon. Nosotros tenemos la inteligencia, la sabiduría y las artes; y ellos tienen facultades que suplen estas ventajas.

Esta serie de analogias nos conduce por fin á la extremidad de la cadena, donde está colocado el hombre. Entre las calidades que le dan el lugar supremo, observo dos esenciales; la primera es aquella inteligencia, que durante su vida, le eleva á la contemplacion de las cosas celestiales, y la segunda es su preciosa organizacion, y sobre todo aquel tacto que es el primero, el

mas necesario y exquisito de nuestros sentidos, la fuente de la industria, y el instrumento mas á propósito para auxiliar las operaciones del entendimiento. La mano, decia el filósofo Anaxágoras, es á la que el hombre debe una parte de su superioridad.

¿Por qué, dije yo entonces, poneis al hombre en la extremidad superior de la cadena? ¿No será mas que un vasto desierto el espacio inmenso que le separa de la divinidad? Los Egipcios, los magos de Caldea, los Frigios, y los Tracios lo llenan de habitantes tan superiores á nosotros, como nosotros lo somos á los brutos.

Yo hablaba, respondió Euclides, solo de los seres visibles. Es de presumir que haya una infinidad de otros seres superiores á nosotros que no podemos ver. Desde el ser mas tosco hemos subido, por grados imperceptibles, hasta nuestra especie; y para llegar desde aquí hasta la divinidad, será menester sin duda pasar por diversos órdenes de inteligencias, tanto mas excelsas y mas puras, cuanto mas se acerquen al trono del Eterno.

Esta opinion, tan conforme á la conducta de la naturaleza, es tan antigua como general entre las naciones. De ellas la hemos tomado nosotros, poblando la tierra y los cielos de genios, á quienes ha confiado el Ser supremo el gobierno del universo; y los distribuimos por donde quiera

que la naturaleza parece animada; pero principalmente en las regiones que se extienden al rededor y encima de nosotros, desde la tierra hasta la esfera de la luna, desde donde, usando de su inmensa autoridad, dispensan la vida y la muerte, los bienes y los males, la luz y las tinieblas.

Cada pueblo, cada particular halla en estos agentes invisibles un amigo eficaz en protegerle, y un enemigo no menos eficaz en perseguirle. Tienen un cuerpo aereo: su esencia es un medio entre la naturaleza divina y la nuestra; son superiores á nosotros en inteligencia; algunos están sujetos á nuestras pasiones, y la mayor parte á mudanzas que los hacen pasar á una clase superior; pues el pueblo innumerable de espíritus, está dividido en cuatro clases principales; la primera es la de los dioses que el pueblo adora, y residen en los astros; la segunda la de los que propiamente se llaman genios; la tercera, la de los heroes que durante su vida hicieron grandes servicios á la humanidad; y la cuarta, la de nuestras almas despues de separadas de los cuerpos. A las tres primeras clases tributamos honores, que serán algun dia patrimonio de la nuestra, y nos elevarán sucesivamente á la dignidad de los heroes, de los genios y de los dioses.

Euclides, que no comprendia mejor que yo

los motivos de estas promociones, añadió, que ciertos genios estaban como nosotros devorados de pesares, y destinados á la muerte. Yo le pregunté, qué termino se les daba de vida. Segun Hesiodo, me respondió, las Ninfas viven miles de años; segun Píndaro, una Hamadriada muere con el árbol que la encierra dentro de él.

Me parece, repliqué yo, que no se ha pensado lo bastante sobre un objeto tan importante; y que seria esencial conocer la especie de autoridad que estas inteligencias ejercen sobre nosotros; quizá se les deben atribuir muchos efectos, cuya causa ignoramos: acaso serán ellas las que producen los sucesos imprevistos, sea en los juegos de suerte, sea en los de la política. Os lo confesaré; estoy harto de la historia de los hombres; y quisiera que se escribiese la de los seres invisibles. Veis aquí, dijo Euclides, quien podrá daros excelentes materiales para ella.

Diciendo esto, entró el pitagórico Telesicles, quien preguntó, cuál era el asunto de nuestra conversacion, y quedó como maravillado de que nunca hubiésemos visto genios. Es verdad, dijo, que no se comunican mas que á las almas puras, que se han preparado muy de antemano con la meditacion y la oracion. Tras esto añadió, que el suyo le favorecia algunas veces con su presencia, y que cediendo un dia á sus instancias reite-

radas, le llevó al imperio de los espíritus. Dignaos, le dije yo, contarnos vuestro viage; y os lo pido en nombre del que os enseñó la virtud de los números, 1, 2, 3, 4, *. No se resistió Telesicles, y empezó de esta manera:

Luego que llegó el momento de la partida, sentí que mi alma se desataba de los lazos que la unian al cuerpo, y me hallé en medio de otro mundo de sustancias animadas, buenas ó malélicas, alegres ó tristes, juiciosas ó acaloradas, con las cuales estuvimos algun tiempo; y segun ví, ellas dirigen los intereses de los Estados, y los de los particulares, las investigaciones de los sabios, y las opiniones de la muchedumbre.

A poco una muger de estatura gigantesca extendió un velo negro sobre la bóveda de los cielos; y habiendo bajado lentamente á la tierra, dió sus órdenes á la comitiva que la acompañaba. Nosotros nos metimos en varias casas, donde el Sueño y sus ministros esparcian adormideras á manos llenas; y mientras el Silencio y la Paz se sentaban suavemente al lado del hombre virtuoso, los Remordimientos y los espectros horrendos sacudian con violencia el lecho del

* Es decir, en nombre de Pitágoras. He referido la fórmula del juramento que usaban los discípulos de este grande hombre, quien habia descubierto las proporciones armónicas en estos números.

malvado. Platon escribia lo que le dictaba el genio de Homero, y los sueños risueños revoloteaban en torno de la bella Licoris.

La Aurora y las Horas van á abrir las barreras del dia, me dijo mi guia; ya es tiempo de remontarnos por los aires. Mirad los genios tutelares de Atenas, de Corinto, y de Lacedemonia, como se ciernen circularmente sobre estas ciudades, á fin de desviar cuanto pueden los males que las amenazan; sin embargo sus campos van á ser asolados, porque los genios del mediodia, envueltos en nubes sombrías, se adelantan rugiendo contra los del norte. Las guerras son tan frecuentes en estas regiones como en las vuestras, y así el combate de los Titanes y de los Tifones no fué otra cosa que el de dos colonias de genios.

Notad ahora esos agentes solícitos, que con vuelo tan rápido y tan inquieto como el de la golondrina, van rasando la tierra, y vuelven á todas partes sus miradas ansiosas y perspicaces; esos son los inspectores de las cosas humanas, de los cuales unos derraman su dulce influjo sobre los mortales á quienes protegen; y otros destacan contra las maldades á la implacable Némesis. Veis esos mediadores, esos intérpretes que suben y bajan sin cesar; esos son los que llevan á los dioses vuestros votos y ofrendas; y los que os llevan los sueños felices ó funestos, y

los secretos de lo futuro, que despues os revela la boca de los oráculos.

¡O protector mio! exclamé yo en este instante: mirad esos seres, de una estatura y aspecto siniestro, que causan terror, y vienen hácia nosotros. Huyamos, me dijo él; esos son malaventurados, á quienes irrita la felicidad de los demas, y no perdonan sino á los que pasan la vida en tormentos y llantos.

Libres de su furor, hallamos otros objetos que no afligian menos. Até, la detestable Até, origen eterno de las disensiones que atormentan á los hombres, andaba arrogante por cima de sus cabezas, é inspiraba en sus corazones el ultraje y la venganza. Las Súplicas seguian sus huellas con paso tímido, y con los ojos bajos, procurando volver el sosiego donde se acababa de mostrar la Discordia. La gloria iba perseguida de la Envidia, que se despedazaba con sus propias manos; á la Verdad la perseguia la Imposura, que á cada instante mudaba de máscara; y á cada virtud otros muchos vicios que iban con lazos ó puñales.

Repentinamente se apareció la Fortuna, á quien di el parabien por los dones que distribuia á los mortales. Yo no doy, me respondió con tono severo, sino que presto á muy alta usura. Pronunciando estas palabras, estaba mojando las flores y frutas que tenia en una mano, en

una copa emponzoñada que tenia en la otra.

A este tiempo pasaron por junto á nosotros dos poderosas divinidades, que dejaban tras sí dilatadas ráfagas de luz. Esos son, me dijo mi guia, el impetuoso Marte, y la sábia Minerva, quienes con motivo de que se aproximan dos ejércitos en la Beocia, la diosa va á ponerse de parte de Epaminondas, gefe de los Tebanos, y el dios va á unirse á los Lacedemonios, que quedarán vencidos; porque la sabiduría triunfará del valor.

Mirad tambien como se precipitan sobre la tierra aquellos dos genios, el uno bueno y el otro malo, que van á posesionarse de un niño que acaba de nacer, y á quien acompañarán hasta el sepulcro: en este primer momento procurarán á porfía dotarle de todas las ventajas, ó de todas las deformidades de la voluntad y del entendimiento; y en el discurso de su vida, inclinarle al bien ó al mal, segun prevalezca el influjo del uno ó del otro.

Entre tanto veia yo subir y bajar ciertos seres cuyas facciones me parecian mas toscas que las de los genios; y supe que eran almas que iban á unirse á cuerpos mortales, ó acababan de dejarlos. En un instante aparecieron infinitos enjambres de ellas, y de rato en rato venian otros, los que se difundian por los espacios aereos, como aquellos montones de polvo blanquecino que se

ven en torbellinos en nuestros campos. Ya se ha empezado la batalla, me dijo el genio, ya corren rios de sangre. ¡O ciegos y desdichados mortales! Mirad allí las almas de los lacedemonios y de los tebanos que han perecido ahora en los campos de Leuctres. ¿Adónde van? le dije yo. Seguidme, dijo, y lo sabreis.

Trasparamos los limites del imperio de las tinieblas y de la muerte; y habiéndonos lanzado mas allá de la esfera de la luna, llegamos á las regiones que alumbra un dia eterno. Detengámonos un instante, me dijo mi guia: mirad el magnífico espectáculo que nos rodea: oid la armonía divina que produce el movimiento arreglado de los cuerpos celestes; notad como cada planeta, cada estrella tiene un genio que dirige su curso. Estos astros están poblados de inteligencias sublimes, y de una naturaleza superior á la nuestra.

Mientras puestos los ojos en el sol, contemplaba yo extático el genio, que con brazo poderoso impelia aquel globo luminoso por el camino que describe, le ví apartar con furor la mayor parte de las almas que habiamos encontrado, y no permitir sino á muy pocas sumergirse en las ondas espumosas de este astro. Estas últimas, menos culpadas que las otras, decia mi guia, quedarán purificadas con las llamas, y despues irán volando á los respectivos astros, que les es-

tán señalados, cuando se formó el universo ; donde estarán depositadas hasta que las leyes de la naturaleza las vuelvan á llevar á la tierra para animar otros cuerpos. Pero esas que el genio ha ahuyentado, pregunté yo, ¿ cuál es la suerte que les espera ? — Esas , me respondió , van al campo de la verdad , donde unos jueces integros condenarán á las penas del Tártaro , las que fueron mas criminales ; y las otras á largas y penosas peregrinaciones. Diciendo esto , me mostró millones de almas , que millares de años hacia andaban errantes tristemente por los aires , haciendo penosos é inútiles esfuerzos para obtener un asilo en alguno de los globos celestes ; y me dijo : aquellas no llegarán al lugar de su origen , como las primeras , hasta haber pasado por estas rigurosas pruebas.

Lastimado de su desgracia , le supliqué que me las quitase de la vista , y me llevase mas allá , hácia un recinto de donde salian rayos de una luz mas resplandeciente , con la esperanza de vislumbrar al Soberano del universo , rodeado de los asistentes de su trono , de aquellos seres puros , que nuestros filósofos llaman números , ideas eternas , ó genios inmortales. Ese , me dijo el genio , habita unos lugares inaccesibles á los mortales , ofrecedle vuestro respeto , y bajemos á la tierra.

Luego que se fué Telesicles , dije yo á Eucli-

des : ¿ qué nombre daremos á la relacion que acabamos de oir ? ¿ Será un sueño , ó será una ficcion ? uno y otro , respondió Euclides ; pero á lo menos casi nada ha dicho Telesicles que no sea conforme á las opiniones de los filósofos , y debemos hacerle justicia ; porque adoptando las de la muchedumbre , podia aumentar considerablemente la poblacion de los aires , y habernos hablado de las sombras que el arte de los adivinos ó de los hechiceros evoca del fondo de los sepulcros ; de aquellas almas desventuradas que andan agitadas en torno de sus cuerpos , privados de sepultura , y de aquellos dioses y fantasmas que van de noche por las calles para espantar á los niños ó para comérselos.

Le agradezco mucho la moderacion , repuse yo , pero hubiera deseado que se extendiese un poco mas sobre la naturaleza del ser benéfico á que pertenezco yo. Segun se pretende , Dios le ha dado la comision de velar sobre mis pensamientos y acciones ; ¿ pues por qué no se me ha permitido conocerle y amarle ? Telesicles os respondió de antemano , dijo Euclides , diciendo que la dicha de ver los genios está reservada para las almas puras. — Sin embargo de eso , yo he oido citar apariciones de que fué testigo un pueblo entero. — Es cierto ; y tal es aquella , cuya tradicion se conserva en Italia , y aun se representó en otro tiempo en una pintura que yo he

visto. Vais á ver un tejido de absurdos; pero ellos os harán ver el exceso á que han llegado algunas veces la impostura y la credulidad.

Habiendo abordado Ulises á Temesa, ciudad de los Brutios, uno de sus compañeros, llamado Pólites, fué asesinado por los habitantes, quienes á poco experimentaron todas las plagas de la venganza del cielo. Consultado el oráculo, les mandó que aplacasen el genio de Pólites, levantando en honra suya un edificio sagrado, y que le ofreciesen todos los años la doncella mas hermosa del pais. Obedecieron; y con esto gozaron del mayor sosiego, hasta que hácia la olimpiada sesenta y seis, llegó un famoso atleta, llamado Eutimes, en el momento en que acababa de entrar en el templo una de estas víctimas desgraciadas; el cual logró el permiso de acompañarla, y enamorado de su belleza, le preguntó si consentía en casarse con él, luego que la pusiese en libertad. Vino en ello la doncella, y entonces se apareció el genio; pero quedó vencido por el atleta, y renunció el tributo que se le ofrecia siete ú ocho siglos hacia, yendo á sumergirse en el mar vecino.



CAPITULO LXV.

CONTINUACION DE LA BIBLIOTECA. HISTORIA.

Viéndome Euclides ir muy temprano al dia siguiente, me dijo: me sacais de un cuidado; pues temia que os hubiese fastidiado la conversacion tan larga que tuvimos últimamente; hoy vamos á tratar de los historiadores, y no nos detendrán ni opiniones ni preceptos. Muchos han escrito historia, pero ninguno ha tratado del modo de escribirla, ni del estilo que le conviene.

Pondremos al frente de todos á Cadmo, que